

LOS CIEGOS

(Celebración sabática en un acto)

(De una página cualquiera del Libro brota una pequeña protuberancia que crece desmesuradamente hasta adquirir forma y presencia humana. Se llama BRUNO. En su rostro liso como un reloj sin manecillas sólo se distinguen los ojos. Cuando habla, su voz suena ajena.)

BRUNO: *Siempre he tendido hacia la luz. Tal vez por eso mi inclinación, mi devoción por la ciencia. Alguna vez dije que buscaba en la ciencia el orden que parece negarse a quien lo busca en su propio interior. Creo que para mejor comprendernos hay que mirar fuera de nosotros. La ciencia es lo claro, la comprensión de la realidad que nos envuelve. Cuanto más profundo sea ese conocimiento, más lejanos estaremos de las tinieblas y de la angustia. No hay nada que sea torcido en la física o en la matemática. Por eso me he dedicado a ellas. En la resolución de sus enigmas sólo interviene la lógica y la experiencia constatable. La asimilación de esos mismos enigmas también es un acto de pura lógica; aceptarlos es reconocer que incluso la propia existencia está regida por un orden causal, inamovible. Recuerdo cuando estudiaba en el laboratorio de Joliot-Curie, en París, y luego en Estados Unidos, en el Instituto Tecnológico de Massachusetts. Mis estudios sobre la radiación atómica no hicieron sino confirmarme más en la creencia de que la racionalización es el único medio para disipar lo que atormenta, lo que se nos aparece con la máscara de lo desconocido, de lo oculto, de lo invisible. Por eso detesto la noche. En la noche sobrevienen las furias incontroladas, las dudas, los sueños que no tienen explicación. Las noches son túneles que no conducen a ninguna parte. Incluso la enfermedad germina siempre en la noche y, como ella, es oscura, envilecedora. Sí, sí. Yo estoy de parte de la realidad consciente. Jamás he dejado de tender hacia el día, hacia la luz.*

(En otra página cualquiera del Libro surge ahora otra protuberancia que crece hacia abajo, como un tentáculo que ahondara. Al igual que BRUNO, sólo los ojos se distinguen en su rostro carente de facciones, alisado como un pergamino del que

un agua remota se hubiese llevado los signos escritos. Esta nueva protuberancia que responde por FERNANDO está situada en el extremo opuesto a la otra, es su antípoda en el espacio. Su voz también parece ajena.)

FERNANDO: *La oscuridad no es un territorio ambiguo, ni siquiera monstruoso. Cierto que sus resortes no los mueve lo que aceptamos habitualmente como lógica, pero yo he descubierto que también hay otra lógica: la del desorden, y que igualmente existe una organización de las tinieblas. Brauner sabía mucho de esto. Tal vez él haya sido el único que entendió perfectamente las reglas que están en lo oscuro, en lo desconocido. Cuando pintó su propio autorretrato en el que aparece vaciado su ojo derecho por una flecha de la que cuelga la letra D, no hacía sino anticipar lo que habría de ser el hecho esencial de su existencia. Pudo quedarse en Rumania, pero regresó de nuevo al Boulevard de Montparnasse; regresó justo a aquella casa que un día fotografió sabiendo —estoy seguro que lo sabía— que en ella Oscar Domínguez lo mutilaría. El ojo de Brauner se convirtió en una enorme llaga, en un agujero vacío que sólo vislumbrada una D: la inicial que pendía en la flecha de su autorretrato, la inicial de quien hizo cierto aquel cuadro salido de la oscuridad y pintado años antes. Brauner sabía que el sueño, las sombras, lo que parece confuso en ellos, acaba por no serlo. También lo sabía Domínguez, como lo muestra su propio final: su propia muerte que él ya había reflejado en el lienzo... Son ejemplos, pruebas claras de lo que afirmo. Yo creo en la oscuridad. No me aterra. Adentrarme en las tinieblas es hallar explicaciones para nuestra condición y para lo que nos rodea. En lo oscuro nos encontramos.*

(Alguien recorre las páginas del Libro, las hace pasar sin orden, como si soplara aspas de un molinete de viento, como si pusiese en marcha una ruleta y se quedara escuchando su sonido hasta que, lentamente, cesa la rotación y el molinete o la ruleta se detienen en un punto impreciso. De inmediato aparece UN ECO y resuena.)

UN ECO: *... La novela rechaza cualquier intento de limitación definitiva en razón a que es un arte intrínsecamente impuro. Para mí, técnicamente, el fin justifica los medios, pero los medios no justifican el fin. Cuando elaboro los materiales de mi obra no soy un hombre arcaico o mágico, sino un hombre de hoy, habitante de un universo comunal, lector de libros, receptor de ideas, indi-*

viduo con posición social y política. Detras de cada logro artístico debe haber una experiencia verdadera... Pero he de aclarar que no concibo la literatura a la manera del realismo de las primeras décadas del siglo. No persigo una descripción del ambiente realizada como un modo de transportar un trozo de realidad a la literatura. Con eso sólo se consigue la mayor de las irrealidades, ya que se desconocen las causas que determinan esa realidad. Yo busco al hombre proyectado sobre la realidad inmediata, al hombre empeñado en definir su individualidad y armonizarla con el mundo que le rodea. Mis ficciones quieren revelar, de una u otra manera, el drama del hombre de hoy y, por tanto, mi propio drama. Quizá sea la literatura la única creación que puede dejar profundo testimonio de ese trance angustioso en que se halla el hombre contemporáneo preguntándose, con mayor urgencia que nunca, qué es, hacia dónde va. Mi obra es la expresión de esa compleja crisis o no es nada...

(De nuevo se desordenan las páginas del Libro. Las páginas se persiguen una y otra vez hasta que al fin vuelven a detenerse. Se escucha OTRO ECO.)

OTRO ECO: ... La patria no es otra cosa que la infancia. Pero la infancia no es un todo mensurable y delimitado. Por eso la reconstruyo, la pueblo con indicios, con una urdimbre de recuerdos, de señales... Sólo así deja de ser una abstracción, un algo de nostalgia sin sentido. De mi infancia me viene un árbol con nombre, algunos rostros identificables, aquella calle insignificante, las cadencias de las músicas tocadas en un organito cuando el invierno. Mi patria son esos volúmenes, esos perfiles, el recuerdo de los olores, los ritmos que aprendí, las esquinas que me escondieron cuando jugábamos al rescate...

(Otra vez hay un pasar de páginas en el Libro. El movimiento acalla a OTRO ECO como si buscase un párrafo perdido. Se detiene ante la presencia de UN OTRO ECO.)

UN OTRO ECO: ... Mi pueblo se viene desarrollando en la violencia. Yo la he conocido y, como mi pueblo, me he desenvuelto entre la violencia y la desesperación. He visto proliferar las villa-miserias, he asistido al éxodo de las provincias atraídas por las promesas de la capital, contemplé retratos de carismáticos líderes que no pudieron sostener mucho tiempo sus falacias, sé de las torturas

y las celdas, he conocido la opresión, las fuerzas que reprimen, la amenaza de la clandestinidad... Conozco todo eso... Pero hay algo que me estremece más, algo que hoy me aterra intensamente: la angustia del hombre que padece como nunca su propia soledad. La tragedia actual del hombre es consecuencia de los errores del pasado, de la confianza ciega en el progreso de la ciencia y en el poder del dinero. En nuestra sociedad poblada de signos y máquinas, deshumanizada, la soledad se revela con todo su desgarramiento, la incomunicación define ahora la existencia humana... ¡Ah, sí! Hoy me aterra mucho más la mezquindad, la incompreensión, el tedio, ese horrible sentirse solo entre las multitudes...

(Una mano tapa sin crueldad las reverberaciones de los ECOS. Permanece aposentada sobre las páginas, las oculta. El Libro soporta el peso de la mano hasta que ésta comienza a retirarse. No deja huella. Se esconde en el aire. Un ventarrón ilocalizable propaga los ECOS al tiempo que las páginas se van despoblando de signos hasta alcanzar la BLANCURA.)

BLANCURA:

SILENCIO

SOLEDAD

.....

(El ventarrón sigue ilocalizable e imprevisible. Nadie podría explicar con certeza qué extraño impulso —si fuera extraño, si es que hubiera algún impulso— le lleva a remover el Libro para velar la BLANCURA y sus silencios. Sin embargo, ocurre. Al cabo de unos minutos tal vez las páginas cobran voluntad propia y quizás se aquietan allí donde brotaron las protuberancias BRUNO y FERNANDO. Si acudimos, oiremos.)

BRUNO: *¡Sal de mí, Fernando! No amenaces con tus palabras la claridad a la que aspiro. No quiero que el desorden que detesto, las dudas y temores que traen tus voces de sombra, aparezcan ante mis ojos.*

FERNANDO: *También yo desearía no oírte, Bruno. También yo te aborrezco y quisiera quedarme libre de tus falsedades. Si me fuera*

posible te reduciría a humo y soplaría después para hacerte desaparecer y, contigo, todas tus palabras. Soplaría y soplaría hasta que no quedase rastro ni recuerdo tuyo.

BRUNO: *De manera que tú tampoco puedes librarte de mí... ¿No te sirven, pues, tus magias, tus fuerzas irracionales, eso que tú llamas otra ciencia y sólo es delirio de ocultista?... ¿De nada te valen tus poderes de sombra?...*

FERNANDO: *¿Y tú?... ¿Por qué no te desembarazas de mí? ¡Utiliza tu racionalismo! ¡Aléjame con alguno de esos medios a que te dio acceso la ciencia, tu ciencia! ¡Emplea las radiaciones gamma, tus principios físicos, quítame de ti como si resolvieses una ecuación! ¿Dónde está el poderío de tu lógica, dónde? Tú eres experto en despejar incógnitas. Yo soy para ti ahora una incógnita molesta, ¡haz que deje de serlo y transfórmame en un guarismo conocido! ¡Vamos Bruno, alájame de tí!*

(BRUNO y FERNANDO se enfrentan desde su estatismo. Sus ojos se buscan y se encuentran con saña. Ahora son dos remotos basiliscos y, como ellos, intentan dejar la muerte en lo que miran. El duelo visual se mantiene por un tiempo, pero sólo consiguen que sus presencias protuberantes se engrosen y se desmesuren hasta casi rozarse a través de las páginas. Nunca llegan a tocarse. Al cabo, desisten.)

BRUNO: *No es posible.*

FERNANDO: *Ambos sabíamos que no es posible.*

BRUNO: *Es como si girásemos en órbitas contrarias, en círculos dentro de círculos. Como caras opuestas de un mismo cubo que da vueltas y vueltas y vueltas y nunca se encuentran.*

FERNANDO: *Así es. Somos reflejo del universo. Un universo que es circular.*

BRUNO: *Pero está escindido.*

FERNANDO: *No. Sólo que en esa circularidad del universo hay mundos paralelos. Tú y yo lo sabemos. No podemos evitarlo.*

BRUNO: *Tú eres lo viscoso, la anormalidad, lo antisocial, la alucinación, lo ominoso, la perturbación desazonadora.*

FERNANDO: *Tú eres la normalidad, lo medible, la moral que no molesta, el orden sin sorpresas, lo que se acepta sin preguntas.*

BRUNO: *Yo tiendo hacia la luz.*

FERNANDO: *En mis tinieblas también hay otra luz.*

BRUNO: *Y sin embargo...*

FERNANDO: *Sí. Sin embargo...*

BRUNO: *Nos necesitamos.*

FERNANDO: *Estamos condenados a necesitarlos, a complementarnos.*

BRUNO: *Detrás de mí estás tú.*

FERNANDO: *Tú estás en mi otro lado.*

BRUNO: *Pero dime: ¿somos lo mismo?*

FERNANDO: *No lo sé.*

BRUNO: *Dime: ¿somos lo mismo?*

FERNANDO: *Quizás. ¿Quién lo sabe?*

BRUNO: *No. No es posible. Me niego a aceptarlo. Hay algo de lo que sí estoy convencido. Mi mente me dice que nunca, ¿me entiendes?, nunca llegaremos a encontrarnos. Nunca nos confundiremos, nunca nos encontraremos en el mismo punto, nunca, nunca.*

FERNANDO: *¿Estás completamente seguro? ¿Lo estás?*

(Una forma sin cuerpo, sigilosa en su desplazamiento, sobrevuela el Libro que queda bajo la sombra que proyecta. BRUNO y FERNANDO no la ven, pero la sombra los cubre. La forma sin cuerpo mueve los labios como si hablara. Realmente habla, pero sus palabras sólo son audibles para los iniciados, para quienes saben descifrar pasajes en el silencio.)

.....: *Todos me tenían por rey y me temían como se teme al Ángel del abismo. Mi nombre es Abaddón, que en hebreo significa El Exterminador.*

(Sobre el Libro ha quedado ABADDON. Su sombra domina, vigila. Las páginas se mueven para que surjan los ECOS.)

UN ECO: *... Mi empeño ha sido siempre explicar la existencia del hombre. Y no del hombre abstracto, sino de ese concretísimo ser humano que soy yo mismo...*

OTRO ECO: *... La soledad, la muerte, la esperanza y la angustia, el bien y el mal, el sentido de la existencia... Mi preocupación siempre ha sido los problemas últimos de la condición humana...*

(PAUSA)

UN ECO: *... He intentado objetivar la relación que hay entre el miedo y la razón, en la angustia de vivir en la duda permanente...*

OTRO ECO: ... *La logicidad matemática no puede analizar válidamente el devenir de los hechos de la realidad humana, incoherente, multiforme, plurivalente de significados...*

(PAUSA)

UN ECO: ... *«El hombre es un dios cuando sueña y no es más que un mendigo cuando piensa», dijo Hölderlin. El arte —como el sueño— es casi siempre un acto antagónico de la vida diurna...*

OTRO ECO: ... *El hombre ha ganado el mundo pero se ha perdido a sí mismo. Hasta que la angustia lo despierta, aunque lo despierte a un universo de pesadilla...*

(Los últimos ECOS menguan hasta eclipsarse. El Libro permanece abierto en las páginas donde están las protuberancias BRUNO y FERNANDO. Podemos oírlos.)

FERNANDO: *Hay que encontrar un sentido que sea capaz de sostener la lucha por la existencia. Hay que buscar lo que nos devuelva la fe en la posibilidad de una vida mejor. Aunque no lo admitas, Bruno, no se puede ocultar la significación de los instintos, tanto de los que nos procuran el bien como de los que conducen al aniquilamiento o al dolor.*

BRUNO: *¿Me pides que acepte que las potencias oscuras y maléficas conducen a la salvación? ¿Me pides que reconozca el mal como vía para salvarnos del proceso de desintegración que sufrimos?*

FERNANDO: *No hay otra elección para rescatar la unidad primigenia.*

BRUNO: *Pero ¿es posible la salvación en este mundo de caos, de objetos, de extrañamiento?*

FERNANDO: *No te fíes de la realidad. Es aparente. Tenemos que re-interpretar nuestros destinos y descubrir detrás del destino y de la realidad relaciones ocultas, simbólicas.*

BRUNO: *Tendríamos mejor que purificarnos.*

FERNANDO: *¿Aunque para ello haya que descender a los infiernos, al útero viscoso de las sombras?*

BRUNO: *Las propuestas de salvación han de ser aprehendidas por la mente consciente o por simple voluntad.*

FERNANDO: *Y ¿por qué no buscarlas en lo ignoto, en las símas del alma y de la mente que desconocemos? Yo digo que en el orden aparente subyace otro orden perenne e invisib.le.*

BRUNO: *Me niego a escucharte.*

FERNANDO: *¿No soy yo acaso el otro orden que hay en ti, aunque no quieras aceptarlo?*

BRUNO: *¡Cállate!*

FERNANDO: *No es posible callar lo que se teme.*

BRUNO: *En algún lado de la luz existe la felicidad. Una felicidad que no es transitoria o imperfecta.*

FERNANDO: *Tarde o temprano todas nuestras esperanzas se convierten en torpes realidades. Y ¿sabes por qué?... Porque todos somos frustrados, porque la frustración es el inevitable destino de todo ser que ha nacido para morir.*

BRUNO: *¿Y el amor? El amor también es un destino.*

FERNANDO: *Todos estamos solos o terminaremos solos algún día.*

BRUNO: *Existe una frontera entre la esperanza y la derrota.*

FERNANDO: *¿Existe realmente?*

(Desde lo alto ABADDON despliega su sombra. Avanza en forma de alas que se multiplican y baten, primero pausadamente, luego frenéticas. Las alas de sombra rodean a BRUNO y FERNANDO. Las páginas del Libro son una cerrada OSCURIDAD.)

OSCURIDAD:

SILENCIO

SOLEDAD

.....

(ABADDON invoca a sus poderes con su voz inaudible.)

ABADDON: *¡Oh, ángeles de la noche!*

*¡Oh, ángeles de las tinieblas, del incesto y del crimen,
de la melancolía y del suicidio!*

*¡Oh, ángeles de las ratas y de las cavernas,
de los murciélagos, de las cucarachas!*

*¡Oh, violentos, inescrutables ángeles
del sueño y de la muerte!*

(Lentamente se produce la transformación de las protuberancias BRUNO y FERNANDO en murciélagos. Sus ojos se empequeñecen, pero todavía pueden ver. Entre las páginas donde están BRUNO y FERNANDO, como una barrera, se yergue otra

página. En su filo hay un espejo que contiene a MARIA. Los llama desde el vidrio.)

MARIA: ¡Bruno! ¡Fernando! ¡Venid a mí! ¡Bruno! ¡Fernando! ¡Buscadme! ¡Acudid! ¡Acudid a mí! ¡Yo soy la Verdad!

(El Libro se cierra con violencia y BRUNO y FERNANDO chocan entre sí, se aplastan mutuamente hasta que los dos se funden en un solo cuerpo que quiebra el espejo desde donde llama MARIA. El cristal, ahora vuelto esquirlas, fragmentos hirientes, se clava en los ojos del único murciélago. Un único murciélago definitivamente ciego.)

MURCIELAGO BRUNO-FERNANDO: Nos has dejado solos. Nos has dejado solos, María. Teníamos que matarte. Nos has dejado solos.

(ABADDON desciende para colocarse en la portada del Libro. Sus labios están abiertos. Ciegos sus ojos por el fuego que va propagándose de página en página.)

Las llamas crecen. Tal vez el fuego purifique o ilumine. No cae el

TELON

SABAS MARTIN

Fundadores, 5
MADRID-28